



IDA Y VUELTA.

RECUERDOS DE 1866.



ALBERTO, amigo mio, copio algunas páginas del libro de tus recuerdos; no lo tomes á mal. Si estas páginas no te han de procurar grande honor como literato, seguramente no dejarán de concedértelo como buen soldado y buen chico.

Consiente, pues, y conténtate con mi discrecion en la seguridad de que si quisiera abusar de nuestra confianza, podría publicar algo más hondo de nuestros íntimos secretos.

EN CASA.

I.

Perdidas las ilusiones y las alegrías de la juventud, cuando no me quede sino el recuerdo para confortar mi ánimo, pensaré mejor que en otros días cualesquiera de mi existencia, en los últimos de Abril y primeros de Mayo de 1866.

Yo no había visto nunca tan alegre ni tan bello á Turin.

La inminencia de la guerra nacional esperada é invocada tantos años, despertó de improviso la índole generosa y guerrera de la ciudad. Bastaba pasar de noche por las calles principales para advertir el murmullo y movimiento, y el insólito agitarse de la gente; grupos de obreros, de estudiantes y de chiquillos iban y venían, pudiéndose notar que algo bullía en el ánimo de aquel pueblo, que algun gran hecho se había realizado ó estaba para realizarse: parecían todas las noches, noches de fiesta.

Eran aquellos días en los cuales al encontrarse á un soldado, se le mira afectuosamente; se charla

acerca del jinete que atravesó la calle con un pliego entre los botones de la levita; en que la gente se detiene para ver pasar los convoyes y los trenes del ejército; á los muchachos en las escuelas es imposible tenerlos quietos; los oficiales viejos pensionados hablan en voz alta en los grupos del café pegando puñetazos sobre la mesa; en el que las madres se ponen pensativas y los jovencuelos se vuelven locos; y á las mujeres no se las mira tanto como de costumbre, y cesan de entremeterse un poco, como hacen siempre, en todos los pensamientos, en todos los deseos y proyectos: que aun ésta, es una fiera tiranía.

Turin resucitaba aquellos días. Turin es la ciudad propia para días semejantes.

Por la mañana, las calles que conducían á la plaza de armas, estaban llenas de gente; las familias, padres, amigos de los soldados de la segunda reserva, hacía pocos días llamados á las armas se encontraban por todas partes; y todavía usaban los reclutas sus propios vestidos: sombreros de copa y papalinas encarnadas, elegantes pantalones claros y grandes polainas al modo de los pastores alpinos, gabanes negros, y chaquetas remendadas, todo junto: ¡qué bonito cuadro! Alrededor de los cuarteles un ir y venir continuo de madres con lios debajo del brazo, oficiales de la division y de la plaza en constante movimiento, y multitud de curiosos delante de la puerta;

dentro, un ruido ensordecedor. Por la noche, al tocar los tambores y las cornetas, gran multitud marchaba á compás, en grupos de diez ó doce, del brazo; cánticos, silbidos, gritos, resonaban en todas las calles. En el momento que la música y los soldados entraban en el cuartel estallaban los aplausos, los vivas, y se cambiaba todo el mundo apretones de manos y saludos: ¡hasta mañana, hasta mañana! — Todos parecían soldados.

¡Allí palpitabas tú, Piamonte!

II.

¡Cuánto mejor éramos todos en aquellos días!

La espectacion por aquella guerra solemne en que la libertad debía ser reivindicada, y restituida la patria á un pueblo tan ilustre, tan querido, que había sufrido tanto; el saber que hasta el pueblo, en las clases sociales más pobres, comprendía y sentía que aquella guerra era santa y justa, que era una necesidad y un deber hacerla; el ver que pobres muchachos del campo, rudos, careciendo de todo, venían á hacerse soldados con tan buena intencion, con un corazon tan hermoso para participar tan pronto si no del entusiasmo, de la alegría general; el oír que por todas partes se agolpaban á inscribirse como voluntarios, centenares de jóvenes de todas condiciones, y que los padres y las madres mismas los acompañaban, y el pueblo les saludaba y los bendecía; que en aquella maravillosa unanimidad de esperanzas y de votos se componían las discordias políticas, sin oírse más que un solo grito: todo esto daba á los espí-

ritus una serenidad, una alegría tan viva y tan completa, que parecía la felicidad suprema. Cualquiera mala pasion se desechaba del alma, las antiguas ofensas se borraban, se olvidaban los antiguos rencores; los enemigos se buscaban ó se encontraban por mediacion de los amigos comunes, poniéndose una losa sobre el pasado. Siempre el mismo pensamiento presente, y el mutuo afecto que llenaba el pecho de todos, acrecía vigorosamente la energía y la vitalidad que luego se revelaba en las palabras, en las miradas, en los ademanes y aún en la manera de andar. ¡Qué jovialidad! ¡Qué afectuosa armonía entre los amigos! ¡De qué modo nuestros pensamientos se elevaban, se purificaban, y todos nuestros afectos cobraban fuerza! La primavera, no sólo sonreía en las flores, no sólo se respiraba en el ambiente y se sentía en la sangre: sonreía en las almas, se sentía en los corazones. Era como el soplo de una vida virginal, que á todos nos había penetrado.

¡Qué días! ¡Oh, patria! ¡Si siempre pudiéramos sentirte de igual modo!...

III.

Desde los primeros días en que se habló de la proximidad de la guerra, comenzó á formárseme algo de confusion en la cabeza; confusion que fué creciendo poco á poco á medida que la probabilidad se convertía en certeza. Digo confusion, porque no se me ocurre otra cosa; pensaba, hablaba y obraba como por efecto de una bebida embriagadora. Primero agitacion, luégo inquietud, por fin la fiebre; oleadas de sangre ardiente subían á la cabeza, gran prurito de manotear, manía de moverme, de aire, de luz, de música y de versos, é imposibilidad absoluta de fijar la inteligencia en un pensamiento exclusivo, ni áun el de la guerra; porque sólo el representarme con la imaginacion los sucesos por maravillosos y terribles que fuesen, era quitar ya á aquella idea, algo de indeterminado y aventurero, que me infundía tanta alegría y plenitud de vida.

Vuelto á casa, me era imposible estar quieto. Sacaba de los estantes una docena de libros, en

cada uno ojeaba una página, bufando y retorciéndome en la silla; los piés en continuo movimiento, hasta que concluía por echarlos todos al aire. —¡No bastan—gritaba: no bastan los libros! ¡Los libros no dicen nada de lo que me bulle aquí dentro!—Abría el periódico; los de aquellos días eran puro fuego:—echaba una mirada al acostumbrado articulazo entusiástico, y deshacía el periódico en cien pedazos.—¡Esto es muy flojo gran Dios, esto es frío!—Y sobrecogido de repente estro, me sentaba á la mesa y me ponía á escribir con furia.—¡Escribiré un artículo!—decía, y á poco tiraba papel, pluma y tintero, exclamando!—¡Todo es pálido! ¡Qué desesperacion! Pero tú madre, dí, en nombre del cielo, ¿es posible que en toda la literatura italiana no haya versos que expresen toda esta fiebre que me devora?—¡Berchet!—me indicaba ella con timidez.—No, no; Berchet—le contestaba yo con acento dramáticamente suave:—Berchet es airado, Berchet odia, Berchet maldice, y yo amo en este momento, amo inmensamente, amo á todos, me siento hermano de todos, echaría los brazos al cuello á cuantos me tropiezo en la calle. Amo hasta á los austriacos ¡si señora, sí! Intentaré enfriarme lo que pueda, pero los amo, porque gracias á ellos, ¡Italia se conmueve y levanta la cabeza, y se revela tan poderosa, tan hermosa y tan querida, difundiendo en sus hijos este inefan-

ble sentimiento de orgullo y de placer! ¡Muerte á los austriacos, pero vivan tambien ellos! ¡Jamás me he sentido tan moderadamente cristiano!

Despues de todo esto, me lanzaba á la ventana y me encolerizaba del silencio de la calle.—¡Mira qué tranquilidad tan vergonzosa! ¿Pero es posible? ¿Qué gente es esta?... ¡Oh! domemos esta fiebre.—Encerrado ya en mi cuarto cogía la espada y me figuraba tener delante á un oficial austriaco, largo, flaco, con un par de bigotes puntiagudos y de ojos lunáticos; me ponía en guardia, y cuchillada va, vengan pasadas, molinetes, saltos y gritos, hasta que caía rendido en el sofá. ¡Ea, estoy loco!

No hay para qué decir si la vecindad advertía mi existencia. Aparte de que mis declamaciones poéticas se oían desde la calle, solía pasar toda la tarde sobre la terraza del patio, y todo el mundo sabe cómo son los patios de las casas nuevas de Turín (vivíamos en uno de los tres grandes palacios de la calle de Niza, enfrente á la estacion del camino de hierro); son como grandes palomares, donde hay más gente que piedras, y donde todos, despues de comer asoman la cabeza á las ventanas, enterándose los de arriba de lo que pasa en la casa de los de abajo, y éstos á su vez ven las piernas á las gentes de arriba; en las boardillas se hace el amor y en las terrazas juegan los chiquillos produciendo un estrépito infernal, mién-

tras los empleados leen su periódico; y desde el piso entresuelo hasta la buhardilla, como desde la buhardilla al piso bajo, todos murmuran los unos de los otros y se saludan con la sonrisa en los labios como buenos amigos. Nosotros vivíamos en el segundo piso. Al lado teníamos una gentil, culta y aguda señora napolitana, muy amiga nuestra; una mujer á lo Cairolí; llena de energía y de arranque, con imaginacion y facundia; la cual un día que su hijo debía batirse en duelo, había sorprendido á mi madre, diciendo tranquilamente:— ¡Él cumplirá como bueno!

Al otro lado, vivía un viejo ingeniero, pintor, ochenton, ciego, veterano de Napoleon I, rodeado de una media docena de nietezuelos pequeñitos y lindisimos que eran mi delirio; un viejo delicioso con corazon de santo; me quería mucho, me llamaba su hijo, y cuando me alejaba y tardaba dos días en contestarle, iba á preguntar á mi madre tímidamente si quizá en su última carta había yo hallado algo que pudiese ofenderme. En el mismo piso y enfrente, habitaba una viuda como de cuarenta años, elegante, lánguida, enjuta, más bien fea, que devoraba novelas con verdadera furia; acostumbraba á asomarse á la ventana siempre que yo estaba, y me miraba con largas y cansadas miradas, apretando los labios é inclinando con melancolía la cabeza, fingidamente rizada, hácia un lado. En una ven-

tana pegando con la suya se asomaba ordinariamente su cocinera, herida de incipiente pasión hacia mi asistente (guapa muchacha); cara redonda, purpurina, gorda como si estuviese soplando siempre; dos grandes labios, dos ojos de gran tamaño, lo mismo que sus espaldas, y alguna que otra curva aquí y allá que ni á la más lejana distancia habrían pasado inadvertidas.

En el tercer piso sobre la ninfa lánguida, vivía un estudiante de la Universidad, muy joven, buen hijo, maniático por la guerra, inscrito ya en la lista de voluntarios, una cabeza feliz, de los más curiosos y dignos de cariño. A cualquier hora del día, dando yo una palmada, saltaba sobre la terraza con los brazos y la cara al aire á manera de poeta espontáneo, preguntándome y respondiéndome siempre en verso, improvisando discursos de alta política, de alta estrategia, de elevada filosofía y de alta literatura (vivía en el tercer piso); declamando, gesticulando y tarareando que era una diversion oírle. Apenas percibía su voz, toda la vecindad salía á las ventanas.

El popular himno de aquellos días:

O surgir la veremos bien pronto
al concierto del mundo sentada,
ó más sierva, más vil, más burlada
bajo el hórrido cetro estará.

lo cantábamos á cada minuto en el patio.

—«*O surgir la veremos bien pronto*», gritaba extendiendo una mano hacia mí, y marcando con la otra la cadencia sobre la barandilla del terrado. —Y yo á él:—«*Al concierto del mundo sentada*»;—y él:—«*ó más sierva* (aquí la criada lo miraba creyéndose aludida), *más vil, más burlada*»,—yo:—«*bajo el hórrido cetro estará*».—Él:—«*bajo el hórrido*»... —yo:—«*rido cetro*»,—los dos:—«*estará, estará, estará*».

Grande risotada en todos los pisos:—Así me gusta la juventud,—murmuraba el buen viejo. Y la cocinera se escondía detrás de las maderas muerta de risa; y su ama ponía una boquita risueña que significaba:—¡qué locos tan adorables!—y la señora napolitana lanzaba una mirada heroica, y mi hermana echaba á correr, y mi madre me tiraba de los faldones y mi hermano exclamaba:—¡Es demasiado! y mi primo el coronel, soldado rígido, austero, que me quería mucho, pero que me daba buenos jabones, por lo cual le había puesto el nombre de *el grave benéfico*, me decía ásperamente:—Sé serio.—Delante de él, no lo niego, estaba siempre un poco mortificado; pero de repente mi amigo salía con otra estrofa, y entonces,... ¡dios seriedad! me ponía más loco que ántes.

Esta era la comedia pública, luego venía la privada. El nietezuelo mayor del viejo soldado de Napoleon, venía á buscarme:—ánimo, en fila!—cogía por el brazo á mi madre, á mi hermana, al

niño, y que quieras que no los ponía á todos en fila y así los hacía estar; y si mi madre soltaba el trapo le pegaba con la mano en la espalda, diciéndole:—¡Firme, querida señora, derecha y seria; porque sino, cerraremos las puertas y os declamaré cincuenta octavas reales con toda la fuerza de mis pulmones, y bien sabéis que los habeis hecho robustos!—¡No! ¡no! ¡por piedad! respondía ella.—¡Pues silencio!—¡Es preciso estarse así! murmuraba riéndose de nuevo y volviéndose hacia mi hermana, con aquella sonrisa tan querida y tan graciosa!—¡Atentos! ¡*March!* El grito era tan atronador que mis soldaditos se descomponían y marchaban uno por aquí, el otro por allá, tapándose los oídos, y yo siguiéndolos iba poniéndolos uno por uno en sus puestos, y sólo les dejaba libres cuando se habían comprometido á gritar todos á una: ¡Viva la guerra! Pero mi madre me decía:—Yo no grito.—Tú gritarás.—Yo no.—Entonces, tómate este beso.

De día en día se iba poniendo más pensativa. Varios regimientos habían salido ya, y de un momento á otro se esperaba la orden de salida para el mio; ella lo sabía. Muchas veces, cuando armaba tanto ruido, la sorprendía mirándome con aire melancólico.—¿Qué piensas? le decía—¡Hijo mio, pienso, que pocos días nos quedan de estar juntos... Gozo, viéndote tan alegre, y al mismo tiempo... esta alegría tuya, me hace daño, porque...

pienso que luego sentiré más dolorosamente el vacío y el silencio... que reinará en esta casa... dentro de poco!

Así es, contestaba yo para mi coletito. ¡Pobres mujeres! ¡Valor! ¡valor! les decimos los que vamos á la guerra llenos de entusiasmo, de ambiciones y de sueños de gloria; alegres, sin cuidados, rodeados de amigos: ellas se quedan solas, sin consuelo, sin distracciones, siempre con un mismo pensamiento, con un dolor fijo, inmóvil...

—En estos días...—añadía mi madre,—comprendo yo y siento que en estos días nada soy para ti... No, no, deja que te lo diga; no me lamento de ello, no... ¡Pobre hijo mío, y es natural!... pero...

—Óyeme, le decía para consolarla;—tú, que tienes un corazón tan noble, tan selecto, puedes en ti misma encontrar consuelo, mucho mejor que otras mujeres. No seamos egoistas. ¿Crees tú que esta guerra se debe hacer? ¿Que es justa? ¿Que es sagrado deber para todo el país?—¡Oh, sin duda!—respondió enjugándose las lágrimas.

—Pues, si nuestra generación adulta no la hiciese, tendrían que hacerla nuestros hijos. Y si ahora no hubiera quinientas mil madres que llorasen, dentro de veinte ó treinta años tendría que haberlas. Nosotros nos sacrificamos por nuestros hijos, por los quinientos mil niños y quinientas mil niñas que ahora están en mantillas; estas tie-

nen en aquellos sus amantes y sus esposos predestinados. ¿No debemos nosotros asegurarles, en cuanto de nosotros mismos dependa, su porvenir, sin dolores y sin desventuras, y hacer de modo que un día puedan ellos enamorarse, casarse y vivir en paz? Mi madre sonreía, pero inmediatamente volvía á ponerse triste.—¡Todo esto es verdad...—decía suspirando;—pero no basta, hijo mío, no basta para consolar á una madre!—Y apoyados los codos sobre la mesa, con la frente abandonada entre las manos, lloraba en silencio. Intentaba consolarla.—No, hijo mío; vete fuera, á buscar á tus amigos, no quiero que te entristezcas aquí, déjame llorar sola; vete.

Era de noche, se quedaba allá, en un rincón del cuarto, sola, muda y meditando, meditando, meditando siempre.

* * *

Nunca como en aquellos días he experimentado el maravilloso poder de la imaginación sobre el sentimiento. Alguna vez comenzaba, como por entretenimiento, á fantasear respecto á los casos posibles de guerra, y poco á poco me recogía y me internaba tan profundamente mediante la imaginación en las batallas, en las entradas triun-

fales, en el regreso, hasta el punto de que las creía realidad, como si las tuviera delante de mis ojos, y se me revolvía la sangre, y me apretaba la cabeza entre las manos, porque parecíame que me iba á estallar: tal era el tumulto de ideas que bullían dentro; mi pecho se fatigaba y se apoderaban de mí ímpetus de ternura verdaderamente infantil.

Cierta noche, estando de guardia en el Palacio Madama, solo en mi habitación, sentado á mi mesa, con la luz enfrente y fantaseando más locamente que de costumbre, suponía haberme elevado á tan gran altura, que podía abrazar con la vista el país entero: montes, valles, ríos, bosques; por entre las calles de las ciudades sentía y veía hormiguar al pueblo, y las plazas públicas relampagueantes de bayonetas; y de las fortalezas, arsenales y fuertes levantábase confuso sonido de armas y cantos, estrépito misterioso de un trabajo agitado, febril; y por las líneas férreas, convoyes de guerra sin fin, pesados, lentos, que recorrían el país en todas direcciones, encontrándose, cruzándose y siguiéndose unos á otros, saludados siempre con alegría por los pueblos comarcanos; que aquí y allá se detenían para dejar cañones, carros, caballos, gente armada; y de repente, estallaba en todas partes formidable ruido de tambores y cornetas; las columnas de los regimientos asomaban y se extendían luego por los campos, con-

vergiendo y juntándose dos á dos ó tres á tres para avanzar lentamente hácia los confines del horizonte, coronando las alturas y serpeando al lado de los rios, inundando los valles y desplegándose en inmensas líneas de batalla en las llanuras; y sobre las montañas del Tirol y desde el Lago de Garda arriba hasta perderse la vista, en mil puntos se veían las manchas rojas de las bandadas de voluntarios, trepar á los picos, precipitarse al fondo por las pendientes, desaparecer en los barrancos y reaparecer en las cimas escarpadas; entre tanto toda la vasta llanura lombarda poblábase de tiendas y de parques, resonaban las músicas y la gritería; y luégo segun bajaban las sombras, aquietarse todo; y finalmente, á los primeros albores de un hermoso dia de primavera, densa nube de gente á caballo, desprenderse del cuartel general con la rapidez del rayo, desparramarse en todos sentidos y propagar de campamento en campamento un grito, á cuya señal todo el ejército se removía violentamente, se reordenaba y avanzaba...

En este punto no pudiendo ya la imaginacion abrazar todo el cuadro de la inmensa batalla, se me presentaba un velo de espesa niebla, rota aquí y allá, á grandes trechos, por donde se veían nuestros jóvenes regimientos lanzarse al asalto de las colinas, retroceder, volver á la carga obstinados; los escuadrones acometer con la lanza

baja á los cuadros de infantería; las baterías que alcanzaban á otras baterías, y de la cúspide de las alturas fulminar y destrozar los flancos de las columnas que huyen; y las patrullas infatigables de tiradores, separarse y volverse á juntar, perseguir, ceder, ocultarse y volver á extenderse en largas cadenas; y asalto tras asalto en todas partes, líneas enfrente de líneas, y retumbar el cielo con el horrendo fragor de la batalla.

De repente se echa encima el silencio, la niebla se disipa, desaparece el polvo; sobre las crestas de todos los montes ondean las banderas de nuestros batallones, hienden el aire nuestras trompetas, y de una punta á otra de Italia agudo grito de júbilo largamente preparado y largamente comprimido, estalla, y... Elévate inmenso, ¡oh grito! y que tus vibraciones resuenen en toda la bóveda de los cielos; pero no cubras, no, aquel hilo de trémula voz que prorumpie del seno... ¡Oh gran Dios, mi cabeza, mi cabeza!

Me lancé fuera de mi cuarto, salí del palacio; la plaza del Castillo estaba desierta y tranquila como el patio de inmenso convento; la colina Superga se dibujaba distintamente sobre el cielo limpio y estrellado, y la fachada de la Gran Madre de Dios, iluminada por los rayos de la luna, parecía que se hallaba á dos pasos.

—¡Qué noche tan hermosa!—exclamé.—¡Oh, soy verdaderamente feliz!

Sólo una imágen turbaba mi felicidad: la imágen de una pobre mujer, sentada en un rincón de su cuarto, con la frente apoyada entre las manos, en la oscuridad, que meditaba, meditaba y meditaba siempre.

EN MARCHA.

I.

El 6 de Mayo, hácia las cinco de la tarde, estando sentados una docena de oficiales á la puerta del cuartel, se oyen precipitados pasos por la escalera y aparece el ayudante mayor gritando desafortadamente:

—¡Señores! Salimos esta noche á las ocho. Los equipajes, á las siete en el cuartel. Traje de marcha.

Resonó un grito de gozo; y sin preguntar siquiera dónde íbamos, todo el mundo echó á correr al café vecino para avisar á los amigos, al cuartel para llamar al ordenanza, á casa para prevenir á la familia. De allí á un momento estalla en el cuartel infernal estrépito; suenan los tambores; se esparce la noticia en las cercanías; la gente acude, y en pocos minutos, de casa en casa, de calle en calle, corre la voz por media ciudad y se propaga la alarma entre las madres.

Corro yo á casa, subo la escalera de tres en tres, llamo, me abren: era mi madre.

—¡Dios mío! ¿Qué tienes? ¿qué ocurre?